

ESPAÑA Y AMÉRICA

PERIÓDICO ILUSTRADO

BELLAS ARTES — CIENCIAS — LITERATURA — SPORT — MODAS

Año I

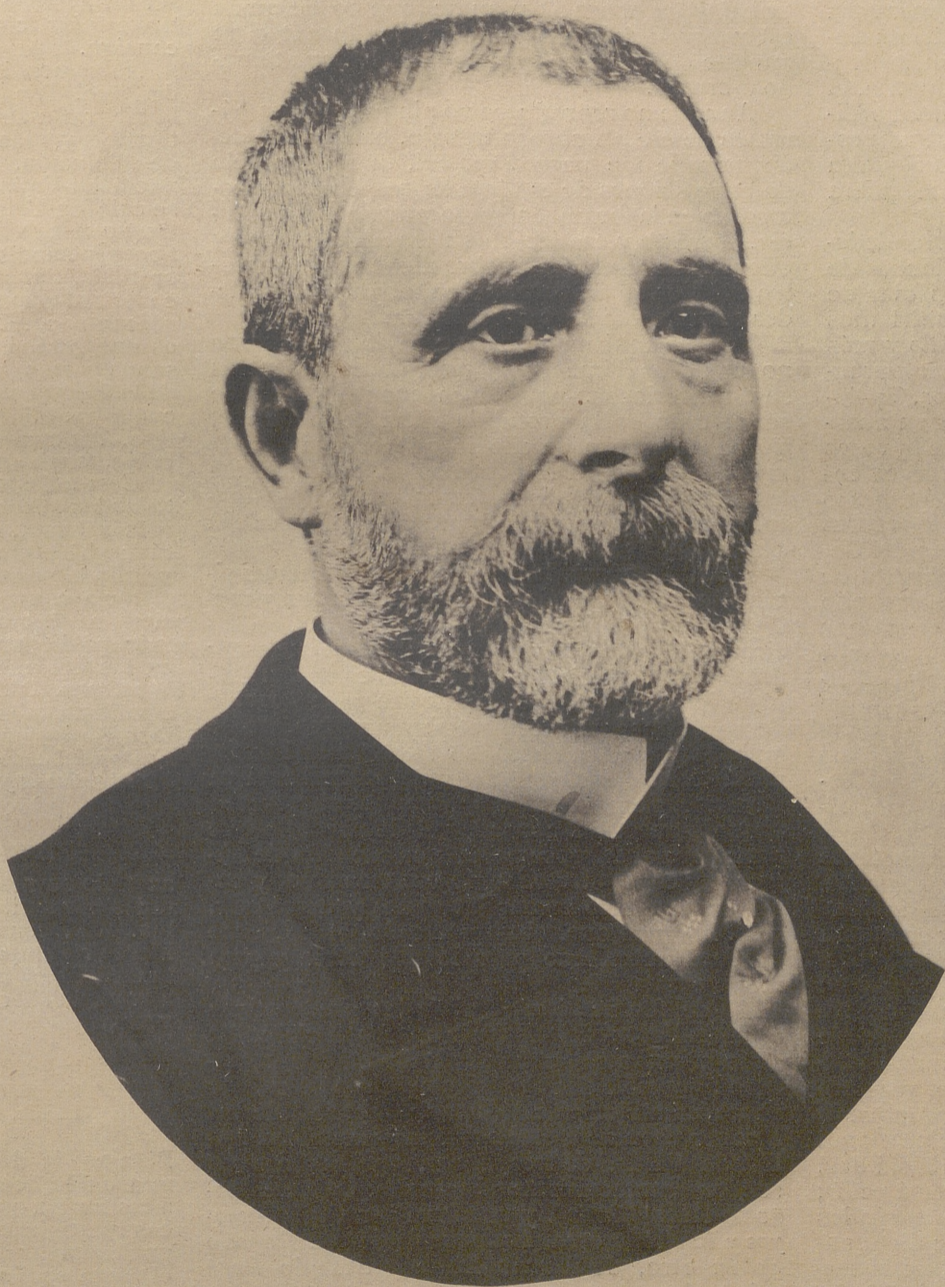
DIRECCIÓN:
Plaza del Biombo, núm. 2.
Teléfono 514.

Madrid, 5 de Junio de 1892

ADMINISTRACIÓN:
Plaza del Biombo, núm. 2.
Apartado 146.

Núm. 23

Este periódico se publica todas las semanas, y se regala á los suscriptores de obras, en grupos de á cuatro, de la Casa editorial de la Viuda de Rodríguez.
Por números sueltos se vende en todas las librerías y Administración del mismo al precio de 50 céntimos de peseta.



EXCMO. SR. D. GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

SUMARIO

TEXTO: *Crónica*, por A. Sánchez Pérez.—*Núñez de Arce*, por M. Menéndez y Pelayo.—*El campamento de los Alijares*, por Fernando Araujo.—*A Núñez de Arce*, por Manuel Reina.—*Cantar gitano*, por Antonio Montalbán.—*Don Enrique Sepúlveda*.—*Mi Carnaval*, por Emilio Bobadilla.—*Edad media*, por Ismael Enrique Arciniegas.—*Paseos por París*, por L. Arzubalde.—*Nuestras ilustraciones*.—*Impresos recibidos en esta Redacción*.—*Anuncios*.

FOTOTIPIAS: Excmo. Sr. D. Gaspar Núñez de Arce.—Salida de Colón para América.—Una familia feliz.—Elche (Alicante): La cosecha de los dátiles.

FOTOGRAFADOS: Campamento de los Alijares: Misa de campaña.—Los alumnos de la Academia general de Toledo en el campamento de los Alijares.—D. Enrique Sepúlveda.

CRÓNICA

Como el personaje de un cuento muy conocido—tan conocido que reúne ya las condiciones de notoriedad suficientes para ser archivado en el almanaque, que por clasificación le correspondía—contesta á un su amigo: «no hago el amor; lo compro hecho», así nosotros nos hemos acostumbrado de tal manera á que todo nos lo den hecho, que no hacemos absolutamente nada. El Gobierno vela por nosotros; nosotros no tenemos, por consiguiente, necesidad de velar; el Estado piensa por el ciudadano, y el ciudadano se ahorra esa molestia; aquí, en esta bendita, benditísima tierra de España, nos dan hechas la religión, la ciencia, la enseñanza, todo: el arte y la industria, el comercio y la familia, y por ende, hemos perdido la costumbre de valernos de nuestras propias iniciativas; hay más, no tenemos siquiera iniciativas, y habrá muchísimos que ni siquiera sepan lo que viene á ser eso.

Nos molestan, es un suponer, los revendedores de billetes de lotería, ó los de localidades de la Plaza de Toros, ó de los teatros en días de funciones solemnes, y nosotros, que tendríamos en nuestra mano el remedio más sencillo y más seguro de evitarlos esas molestias no comprando nunca un solo billete á revendedor, apelamos á las autoridades para que vengan en nuestro auxilio, como llama el niño á grandes voces á la niñera ó al papá cuando se encuentra enfrente de algo desconocido que le asombra ó le pone miedo. Esta nostalgia de los andadores parece ser la que nos mueve á solicitar del Gobierno que nos libre de las importunidades de los mendigos, cuando, en justicia, no hay modo legal de impedir que yo pida á quien tenga por conveniente, así como nadie puede obligar á nadie á que acceda á mi petición. La mendicidad no la fomentan los que piden, sino los que dan; con no dar limosna al que mendiga en la vía pública, se lograría acabar en muy poco tiempo con los pobres de profesión, los cuales pobres de profesión suelen ser más ricos que algunos de sus bienhechores.

Dese á la disposición la forma y el pretexto que se quiera, la prohibición de pedir es atentatoria á la libertad, es tiránica y hasta inicua. Un transeunte me saluda en la calle; se entera con solicitud del estado de mi familia, y después de contarme sus cuitas, acaba pidiéndome cinco duros, ó dos pesetas; esto no puede prohibirse, ni hay modo de evitarlo; esto no puede tampoco castigarse como delito, ni aun como falta; yo doy lo que me piden si lo tengo, y quiero darlo, ó no lo doy si no lo tengo ó si, aunque lo tenga, no me acomoda dejar de tenerlo, y aquí se acabó el sainete. Donde haya muchos á dar, téngase por seguro que habrá muchos á pedir; donde las gentes den poco, contados serán los que pidan, y cuando en la calle no se diese nada, no habría por ella un solo mendigo; la costumbre en esto puede más que todas las Ordenanzas municipales; pueblo de muchos mendigos, puede asegurarse, desde luego, pueblo de mucha caridad; población en que no se pide limosna por la calle, ténganlo Uds. por seguro, población en que no se da un céntimo ni á Jesucristo.

En este particular, como en otros muchos, lo que el mismísimo vecindario no haga por sí, no lo harán las Ordenanzas municipales, que por lo regular nadie conoce, y de ordinario nadie cumple, y ¡por de contado! nadie hace cumplir. ¡Oh! ¡Pues si las Ordenanzas municipales valieran!, lo que es por eso, nadie podría quejarse menos que nosotros, porque tenemos unas nuevecitas, flamantes y tan voluminosas, que parecen la *Novísima Recopilación*.

No necesitaré jurar que no las he leído, ¿quién va á leer eso en tan pocos días?; pero aseguro

que las leeré, y si há lugar, manifestaré lo que me parecen; aunque desde ahora anticipo la idea de que me parecerán bien, porque esas Ordenanzas casi siempre están bien pensadas y bien hechas; lo malo es que los vecinos suelen no hacerles caso.

Cierto que eso de no hacer caso de lo que dicen las autoridades, no es de ahora, ¿qué ha de ser? si casi parece tradicional entre nosotros; nosotros, que aprendimos de los frailes, no de los de hoy, sino de los antiguos, aquella lista famosa que comenzaba así: *Lista de las personas que me cargan: número uno, el Prior, sea quien sea*. Basta que la autoridad disponga algo, para que á nosotros nos parezca mal lo dispuesto; basta que los que mandan prohiban cualquier cosa, para que nos entren vivísimos deseos de hacer lo prohibido.

Buena prueba es de ello, entre muchas otras, el hecho de haber comenzado el Municipio de Madrid obras costosísimas y de realización dificultosa, para mudar de sitio las fuentes denominadas de la *Cibeles* y de *Neptuno*, sin consultar, sujetándose á lo dispuesto por las leyes, con la Academia de Bellas Artes; la cual Academia ha dirigido una protesta en forma de comunicación al Sr. Alcalde de Madrid. El documento es verdaderamente notable, y casi casi da ganas de aplaudir al Ayuntamiento de la villa y Corte por el error cometido, ya que él ha dado ocasión para que se escriba y se publique un trabajo que honra á su autor (que no se quién es) y honra á la Corporación que lo autoriza; aunque el alcalde, según se dice, lo haya tomado á broma.

Aunque no reproduzca yo ninguno de los párrafos de ese primoroso trabajo, bien puedo decir, porque me parece verdad, que es modelo de exposiciones de esa índole; respetuoso y comedido en la forma, enérgico y firme en su esencia, correcto y castizo en su lenguaje, severo y elegante en su estilo, es obra digna de un maestro del bien decir; pero, lo repito, ya verán ustedes cómo nadie hace caso de ella.

Porque aquí nadie hace caso de nada, como no sea de los crímenes misteriosos; eso mientras son misteriosos, porque en cuanto dejan de serlo, caen en la profunda sima de lo vulgar. Véase en prueba de ello lo que ocurre con *la mujer del saco*; ya son conocidos, según todas las probabilidades, los pormenores del asesinato, y nadie se acuerda ya para cosa alguna de la abuela.

Lo cual no impide que, á fin de legalizar su situación, solicite el Gobierno como docena y media de autorizaciones, no sé para qué.... es decir, sí lo sé; pero no me parece del caso molestar á Uds. explicándoselo. El hecho es que el Ministerio quiere que se le autorice para hacer y deshacer mangas y capirotos; y un sayo, no de su capa, que para hacer eso siempre está autorizado, sino de la capa del país, la cual está ya para pocas bromas. Las oposiciones no parecen muy dispuestas á conceder al Gobierno lo que pide; pero al cabo, como ésta es cuestión de números y como el verano se echa encima, y como es necesario tomar las aguas y descansar, y..... imagino que, al fin y al cabo, el Gobierno quedará autorizado para lo que desea y para mucho más.

Ni del *Modus vivendi*, ni de los preparativos para las fiestas del Centenario debo decir nada; de lo primero se ha dicho ya tanto, que considero imposible decir más; lo segundo no es, por ahora, de mi jurisdicción; voy, por consiguiente, á poner término á estas noticias semanales, hablando á Uds. de tres libros, que constituyen sendos acontecimientos literarios: Uno, de *Leopoldo Alas (Clarín)*, y que lleva por título *Ensayos y Revistas*; otro, *Las vengadoras*, de *Eugenio Sellés*; otro, de *Silverio Lanza* y titulado *Para mis amigos*.

Clarín es uno de esos autores, pocos ciertamente, á quien es ya innecesario elogiar. Su nombre es su mayor elogio. El libro *Ensayos y Revistas*, es á modo de una historia crítica del movimiento literario de Europa desde 1888 á 1892. Lo interesante del asunto y la competencia del autor bastan y sobran para que se comprenda la importancia del libro.

Eugenio Sellés y sus *Vengadoras* tampoco necesitan ser elogiados. El público tiene ya formado su juicio acerca del dramaturgo y de su obra. A la comedia estrenada hace pocas semanas en el teatro de la Princesa acompaña un prólogo escrito por el mismo autor y un apéndice con la obra primitiva. El prólogo es una obra maestra de bien decir. No estoy conforme con todo lo que el poeta dice; pero sí me parece admirable el modo de decirlo.

Para mis amigos es un libro originalísimo, cuyo autor, *Silverio Lanza*, no es, por hoy, tan conocido como merece serlo y como lo será sin duda dentro de poco.

Silverio Lanza tiene lo que es más difícil de tener en el autor, lo que llegan á tener pocos artistas, aun los de más fama: personalidad propia, estilo suyo, exclusivamente suyo; punto de vista y manera de ser peculiarísimos, y hay en todos sus trabajos sabor de verdadero y no afectado humorismo. Entre los veinticinco artículos que contiene el libro *Para mis amigos*, hay algunos como los titulados *Las paisanas de mi madre*, *La flor del matulero*, *En voz baja*, que son, sin hipérbole, joyas artísticas de muy alto precio.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

NÚÑEZ DE ARCE (1)

Núñez de Arce pertenece al género de los poetas *civiles*, de los que increpan y amonestan, de los que hacen cruzir su látigo sobre las prevaricaciones sociales, de los que imprimen el hierro candente de su palabra en la frente ó en la espalda de los grandes malvados de la historia ó de los que ellos tienen por tales, pues no se ha de olvidar que el poeta político, en nuestros tiempos, no puede menos de ser un hombre de partido, con todos los atropellos é injusticias que el espíritu de facción trae consigo.

No vamos á hacer la biografía del Sr. Núñez de Arce. Tengo por una impertinencia el hacer la biografía de los vivos, y cuando éstos son estimados y poderosos, la impertinencia toma visos de adulación. Baste saber que Núñez de Arce nació en Valladolid el 4 de Agosto de 1834; que se crió en Toledo, de cuya ciudad es hijo adoptivo; que ha sido, además de poeta, hombre político y periodista, gobernador, diputado, subsecretario, y posteriormente ministro de Ultramar, cosas todas que para la apreciación estética significan poco. Lo único que importa hacer constar es que Núñez de Arce, por las mejores y más sanas partes de su ingenio y por las condiciones de la lengua poética que habla, es hijo de la escuela castellana, llamada comúnmente salmantina, á la cual se prende y adhiere por diversos lados, mucho más que á las escuelas andaluzas.

Casi todos sus versos políticos, que son entre todos los suyos los que vivirán con inmortalidad más robusta, han nacido al calor del hecho actual; ahí están sangrientos y palpitantes, compendiando en sí todas las vergüenzas de nuestra historia contemporánea. Y como el poeta tiene siempre algo de *vidente*, aun contra su voluntad y propósito, suelen trocarse en sus labios, como en los del antiguo adivino, las bendiciones en anatemas, de tal suerte, que el pesimismo tradicionalista más desgarrado no podría encontrar arsenal mejor provisto de armas que el de los *Gritos del combate*. Allí marcha España, por *entre lágrimas y cieno*,

«Roto el respeto, la obediencia rota,
De Dios y de la ley perdido el freno»,

azotado su rostro por aire de tempestad, y agotadas por sutil veneno las fuerzas de sus músculos. Allí, convirtiendo el poeta sus estrofas en hierro estampado sobre la herida abierta, levanta en 1870, en medio del triunfo de la Revolución á la cual él servía, el látigo de Juvenal y de Quedo,

«En medio de esta universal mentira,
De este viento de escándalo que zumba,
De este fétido hedor que se respira,
De esta España moral que se derrumba.»

Bien puede decirlo Núñez de Arce: él no aduló nunca á la licencia desgredada del motín, nunca á las turbas que arrastran por el fango las blancas vestiduras de la libertad. Si la intención puede salvar al poeta hasta de la falta de lógica, el poeta está salvado, y no sólo en condición de tal, sino en la de hombre de bien. Nunca para la maldad triunfante tuvo aplauso ni excusa. Su voz austera, robusta, vengadora, se alzaba siempre en aquellos tremendos días, como para purificar la atmósfera corrompida por el olor de la sangre y el humo del incendio. La conciencia nacional, amedrentada por la insolente tiranía del motín, se templaba y vigorizaba con el canto masculino y poderoso de Núñez de Arce. Era una tribuna la suya más eficaz que la tribuna parlamentaria. Cuando el tempestuoso Ríos Rosas descendía al sepulcro, acompañábase el himno, á un tiempo fúnebre y triunfal, de Núñez de Arce, con la más alta consagración que ningún héroe de la palabra ha obtenido, mayor que la que tributó Béranger á Manuel. Cuando sonaban

(1) Honramos nuestras columnas con los presentes fragmentos del magnífico estudio crítico que acerca del Sr. Núñez de Arce ha escrito el muy sabio y eminente literato D. Marcelino Menéndez y Pelayo, ya que por enfermedad de nuestro colaborador V. C. M. no nos ha sido posible disponer de un breve artículo hecho *ad hoc*.

en Alcoy y en Cartagena los aullidos de la hiena demagógica, templaba el poeta su broncinea lira para maldecir

«Aquella triste y vergonzosa tarde,
En que en un Senado imbécil y cobarde
Vendió sin fruto y entregó sin gloria,
Cediendo á los estímulos del miedo,
El trono secular de Recaredo.»

Pero Núñez de Arce no es exclusivamente poeta político, ni es posible serlo cuando se llega al campo de las letras después de un período de lirismo interno y psicológico. Por otro lado, cuando la invectiva política no es libelo personal y lleva como sustentáculo alguna idea generalísima, forzosamente ha de penetrar el poeta en cuestiones de orden más alto, y hacer filosofía, sabiéndolo ó no. Y el Sr. Núñez de Arce la ha hecho en varias de sus más notables composiciones, v. gr.: en su epístola *La Duda*, tan popular en América; en su oda *Tristezas*; en la sátira á *Darwin*, y en algunos de sus poemas de mayor extensión, v. gr.: en *La Selva obscura* y en *La Visión de Fray Martín*.

Raimundo Lulio señala, á mi ver, el apogeo de la gloria de Núñez de Arce. Ni antes ni después ha producido cosa mejor. Muchos tercetos se habían hecho en España, pero tercetos de epístola ó de sátira, á lo Argensola ó á lo Fernández de Andrada. Esta forma pulida, elegante, académica, nos había hecho olvidar que las *terzine*, siglos antes de servir de molde adecuado para la reprensión de los vicios públicos ó para la amonestación moral, habían sido un poderoso metro, lírico y épico á la vez, bastante para aprisionar en su triada simbólica, misteriosamente repetida y engranada en innumerables eslabones, todos los arcanos del mundo invisible y todas las cóleras del presente. *Per Styga, per coelos, medique pec ardua montis*. Núñez de Arce ha restaurado, mejor diríamos, ha introducido en España el terceto dantesco, de que sólo algún ejemplo, aunque muy notable, nos había dado el méjicano Pesado en su *Jerusalem*. Y la obra métrica de Núñez de Arce es tan perfecta, que, para encontrarle paralelo, hay que retroceder hasta el asombroso calco del estilo dantesco que ejecutó Monti en la *Basvilliana* y en la *Mascheroniana*, con la ventaja en favor de nuestro poeta de que en Monti se admirará siempre más que nada, el arte insuperable del versificador, única cosa que deja campea su absoluta indiferencia en cuanto al fondo de la poesía, al paso que en Núñez de Arce es la forma vestidura inseparable de su pensamiento, al través de la cual se descubren todos los contornos de la gallarda estatua.

El pensamiento mismo del pequeño poema, ya se considere el asunto real, ya la interpretación simbólica que el poeta ha querido darle y que no tiene nada de artificioso ni de forzado, es de una belleza extraordinaria, debida en parte á los datos de la leyenda del beato mallorquín, discretamente aprovechados por el autor. Pero con todo eso, al poema simbólico de la razón y de la ciencia, personificados en Raimundo y en su dama, yo prefiero con mucho el poema de pasión, que allí se desarrolla, tan ardiente, tan terrible y tan humano, que apenas deja ojos para descifrar el misterio escondido bajo estas figuras.

El libro de los *Gritos del combate* en que Núñez de Arce recogió, con algunas poesías suyas de otro género, todas las de carácter político y social, es el verdadero monumento de su gloria. Pasada la revolución de Septiembre, amortiguadas las pasiones políticas, que habían sido la tormentosa atmósfera en que tronó y relampagueó su numen, ha variado de rumbo su inspiración, haciéndose más reflexiva, y paseándose, á guisa de exploradora, por diversos campos. Fruto de esta evolución son los poemas que con inmenso aplauso ha impreso y hecho leer públicamente Núñez de Arce en estos últimos años, es á saber: el *Idilio*, la *Elegía á la muerte de Herкулano*, la *Ultima lamentación de Lord Byron*, *El Vértigo*, *La Selva obscura* y *La Visión de Fray Martín*, aparte de algún otro, que sólo conocemos por fragmentos.

Y, sin embargo, el Sr. Núñez de Arce, que tantas cuerdas tiene en su lira, es también poeta dramático, y me complazco en reconocerlo así, por lo mismo que voy contra la opinión común, y quizá contra la que de sí mismo tiene formada el poeta. ¡Cosa singular! Aquí, donde una hueca ampulosidad, llamada *lirismo*, se enreda eternamente como planta parásita al diálogo del teatro, haciendo hablar á los personajes como energúmenos ó como maestros de botánica, observamos el frecuente contraste de que cuando un verdadero poeta lírico, v. gr., Ayala ó Núñez de Arce, llega al teatro, hace estudio de expresarse con austera sobriedad, y de poner en boca de sus figuras escénicas el verdadero lenguaje de la vida.

Pero si en esta parte más externa ha sabido librarse Núñez de Arce del escollo á que parecían arrastrarle su fantasía lírica y su sangre española, aunque más del Norte que del Mediodía, ¿habrá conseguido, en lo más íntimo y fundamental, despejarse de su propia naturaleza y vida exterior, hasta el punto de dar el ser á verdaderas criaturas humanas, que cada cual de por sí, sean

distintas del poeta? ¿Habrá dejado él de tropezar donde tropezaron Alfieri y Byron?

La posteridad lo ha de decir. Yo sólo puedo informar, é informaré diciendo, conforme á mi conciencia de espectador y de crítico, que Núñez de Arce ha hecho un drama tan bueno como cualquier otro del teatro español moderno. No había leído yo un solo verso lírico de Núñez de Arce, cuando vi representar en Barcelona *El Haz de Leña*, y él sólo bastó para que desde entonces tuviese yo al Sr. Núñez de Arce por gran poeta. Ahora he vuelto á leer el drama, y me ratifico en lo dicho.

Podemos dividir el teatro del Sr. Núñez de Arce en dos grupos: al primero pertenecen las obras que ha escrito solo: al segundo las que compuso en colaboración con el malogrado poeta y narrador extremeño D. Antonio Hurtado. De estas últimas (por ejemplo, *El Laurel de la Zubia*, *Herir en la sombra*, *La Jota Aragonesa*) prescindiremos enteramente, aunque se admiren en ellas trozos de elegantísima versificación, porque no es posible discernir la parte de invención ni de ejecución que debe atribuirse á cada uno de los autores.

De las obras que exclusivamente le pertenecen, ha coleccionado el Sr. Núñez de Arce cuatro: *Deudas de la honra*, *Quien debe paga*, *Justicia providencial* y *El Haz de Leña*. Las tres primeras nos detendrán poco, á pesar de estar muy bien concertadas y escritas. El autor ha querido caracterizarlas, llamando á la primera *drama íntimo ó de conciencia*, á la segunda *comedia de costumbres*, y á la tercera *drama de tendencias sociales*. Pero, salvos leves accidentes, todas tres pertenecen á la manera de Ayala y á una de las maneras de Tamayo, es decir, á aquel género de alta comedia que pudiéramos llamar *realismo urbano y ético ó moralizador*, y en España comedia *alarconiana*.

El drama verdaderamente poderoso de Núñez de Arce (lo hemos dicho ya) es un drama histórico, *El Haz de Leña*. Su asunto, que al autor le parece eminentemente trágico y sombrío, no es otro que la prisión y muerte del príncipe D. Carlos, hijo de Felipe II. Nada sería más fácil, y nada tampoco de peor gusto, que dilitarnos en vulgaridades históricas ó literarias á propósito de un tema tan socorrido, y que ha entrado hace mucho tiempo en la categoría de los lugares comunes. Pero de la cuestión histórica (si es que tal cuestión dura á estas horas) nada quiero decir, porque no puedo añadir una palabra al libro de Gachard, que considero definitivo en la materia. Por otra parte, este episodio tuvo curiosidad mientras le envolvió el misterio; pero inundado hoy de luz, y reducido á proporciones vulgares, ha perdido el interés de la adivinanza ya resuelta, y queda muy en segundo término al lado de los grandes acontecimientos de la historia religiosa y política de España en aquel reinado. El personaje del Príncipe, despojado de los oropeles con que le había adornado la complaciente fantasía, redúcese á la categoría de un niño tonti-loco, brutal y mal criado, en quien comenzaban á desarrollarse los gérmenes de perversísimos y feroces instintos, cuando muy á sazón los atajó la muerte. La historia de semejante niño debiera relegarse á la ciencia de las enajenaciones mentales, como caso de *atavismo*, y apenas ofrecería curiosidad de otra índole, á no haber tenido el padre que tuvo, y que por sí solo basta para dar cierto aspecto de severa y melancólica grandeza á todo lo que le rodea.

Dos caminos se ofrecían al poeta dramático que en nuestros días intentaba renovar sobre la escena el asunto del príncipe D. Carlos. Pero uno de estos caminos, el tradicional y legendario, el de Schiller, Alfieri y Quintana, le estaba vedado á nuestro poeta, por su conciencia y dignidad de tal, desde el momento en que la historia había hecho la luz, derribando el cadalso de ficciones levantado por los odios sectarios de otras edades. No cabía elección para quien estimase su arte y se estimase á sí propio. Convertirse en jugador del vulgo, mantenerle en su secular ignorancia, convertir el teatro en último asilo de las calumnias históricas, eternizar así el imperio de la falsedad, y todo esto á sabiendas, por miserable espíritu de partido ó por dejadez de ánimo y falta de valor para ir pecho arriba contra la corriente, nadie había de esperarlo de alma tan noble y tan amasada con fuego y hierro como la del Sr. Núñez de Arce.

La primera dificultad que tenía que vencer (mayor para él, dado su modo de sentir político) consistía en el carácter del Rey. Y, á mi entender, la venció. Su Felipe II no es ya el monstruo apocado y vil de Quintana, ni la esfinge monosilábica de Alfieri, aunque mucho menos sea el beato imbécil y ñoño, que en son de triunfo nos presentan algunos apologistas, incapaces de comprender más alto ideal. Alma indomable bajo apariencias frías, reconcentrado en un solo pensamiento, siervo de una idea, la más sublime de todas, implacable con los demás y consigo mismo por noción de deber, déspota si se quiere, pero no tirano, y déspota, al fin, por sufragio universal.... tal se nos presenta en *El Haz de Leña* el Rey Prudente, no exento, á la par, de afectos tanto más profundos cuanto más contenidos, y que suavizan de un modo inesperado su ascética

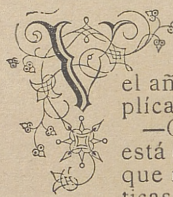
fisonomía. Como Padre y como Rey pudiera ser el título de este drama. La crítica histórica todavía pudiera poner algún reparo y notar exceso de tintas oscuras, en que se reconoce la mano de un adversario leal, pero adversario al fin. De todas maneras, cuando nos acordamos de que el Sr. Núñez de Arce ha sido progresista, no podemos menos de ver cumplido otro título de comedia: *El mayor contrario amigo*. Para el arte, su Felipe II, tal como está, será siempre un personaje noble, simpático y muy próximo á la realidad. El autor le ha tratado hasta con cariño: no es de él el ensañarse con los vencidos, y mucho menos cuando cayeron combatiendo por la justicia. El odio póstumo nunca manchó el alma de nuestro poeta, avezado á luchar con las miserias presentes.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

EL CAMPAMENTO DE LOS ALJARES

III

EN EL CAMPAMENTO



AMOS á ver, Enrique; tú que ya conoces esto por haber estado aquí el año pasado, sírveme de cicerone y explícame la distribución del campamento.

—Con mucho gusto, por más que ya no está como estaba; la nueva organización que nos han dado este año para las prácticas, hace que haya sufrido algunos cambios la distribución de las tiendas. Pero no importa. ¿Por dónde quieres que empecemos?

—Por donde te parezca; lo mismo da.

—Bien; pues empecaremos por el Olimpo.

—¿El Olimpo?

—Sí, hombre, el Olimpo es la parte Noroeste del campamento, donde están las tiendas de los Jefes.

—¡Ah! ¡Ya!

—¿Ves aquella tienda aislada de la derecha, la única que no tiene la forma cónica de todas las demás? Pues aquella es la marquesina del general, y se distingue, además de su forma, por ser la que lleva la bandera española.

—Perfectamente.

—Aquellas dos tiendas que hay al lado, son tiendas de respeto, por si viene algún personaje á visitarnos, que no faltarán seguramente.

—¡Ya lo creo! Por de pronto, de periodistas dicen que van á venir más de veinte.

—Pues ya verás cómo nos jalean los días que eso suceda. Se luce uno, pero los huesos lo pagan. ¡Qué le hemos de hacer! ¿Ves aquella tienda que tiene un banderín con cuatro colores ó listas? Es la del coronel Vázquez; los cuatro colores, como ves, son los de las cuatro compañías en que estamos divididos: encarnado, amarillo, blanco y verde.

—Perfectamente.

—La de más allá, cuyo banderín tiene también los cuatro colores, pero á triángulos y no á listas, es la de los tenientes coroneles Pereira y Azuela.

—Perfectamente.

—La que hay al lado, con banderín azul y estrellas amarillas, es la del jefe de Estado mayor, oficial y ayudante de campo y el médico.

—Perfectamente.

—Esta calle ancha que va desde nuestro comedor hasta el Olimpo, es el frente de banderas, donde nacemos las formaciones y revistas; aquella empalizada que cierra exteriormente el frente de banderas es el parque, y las cuatro tiendas que siguen son tiendas de oficiales; en una de ellas, está nuestro paisano el teniente Arraiz, agregado al Estado mayor y encargado este año de escribir la Memoria.

—Perfectamente.

—Aquellas otras tres, con banderines encarnados, son también de oficiales; la de las bombas, de artillería; la de los fusiles, de infantería, y la del castillo, de ingenieros.

—Perfectamente. ¿Y la caballería?

—Está detrás de los comedores, en aquel alto, junto á las caballerizas; mira, precisamente ahora asoma la cabeza D. Celedonio.

—Perfectamente.

—¡Hombre, me estás cargando con tanto perfectamente! ¡Vaya un estribillo! Te pareces al amigo de Ravachol, que á todo dice perfectamente.

—Y qué quieres que diga? Algo he de decir.

—Pero varía siquiera la canción, hombre.

—¡Bueno! No hay que reñir por eso. Continúa.

—Ya te he enseñado todas las tiendas de jefes; las demás, que son 56, son todas de alumnos, y forman, además del frente de banderas, nueve calles, dejando así en medio aquel hueco, que es lo que llamamos la plaza del pueblo.

—Muy bien.

—Las tiendas de la tropa están detrás de los comedores allí. Además, aquella otra tienda prolongada que ves allí abajo, hacia el Sur, es la enfermería.

—¡Magnífico!

—¿Magnífico? ¿Y por qué dices magnífico?

—Hombre, por variar. Como no quieres que diga perfectamente...

—¡Si serás lila!

—Di, ¿y aquellos dos barracones de madera que se ven á la izquierda del Olimpo?



—El de más acá, que forma una cruz, es el gabinete de topografía, y el otro la estación telegráfica y telefónica.

—¡Bravo! ¿Y esas construcciones de fábrica que hay entre los comedores y el reducto?

—La que está á la izquierda es la mayordomía, la de más acá la cocina, que la han hecho este año; la de la derecha las caballerizas, que también son nuevas, y la que está en aquel alto la cocina de la tropa.

—¡Bravísimo!

—Mira, ó te callas con tus exclamaciones ó te desternillo. Prefiero que digas perfectamente.

—Hombre, yo, puesto ya á ello, quería agotar el repertorio.

—¿Y qué tal, qué tal lo pasáis en el campamento?

—¡Psch! Hay de todo. Los primeros días, con la

—¿Qué sé yo! ¿La chimenea ambulante?

—El submarino Peral.

—¡Hombre, tiene gracia!... Y la verdad es que está muy apropiado.

—¡Ya la creo! Todos los motes que pone la Academia son adecuados hasta no más; no porque yo lo diga...

—¿Y cómo os arregláis para dar á conocer los motes?

—Muy sencillo: el perro Palomo se encarga de ello.

—¿Un perro?

—Sí, señor, el perro de la Academia; Palomo, allí lo tiene Ud. Es un perro que nos sigue á todas partes y que tan pronto come con unos como con otros. Cuando se quiere convidar á comer en casa de algún profesor, pasa junto á él, le pega con el hocico en las corvas ó le da un golpecito en las piernas con la cola, y ese es el aviso; el profesor, así

no caerse. La costumbre que tenéis algunos de fiaros en las *chuletas*, suele dar malos resultados.

—Dimelo á mí, que llevaba un día en Á lgebra puesto el cálculo en el puño de la camisa, y tan pequeña hice la letra que por tenerme que acercarse tanto para verla, me *pescaron* en el garlito, encontrándome la *chuleta*. Como precisamente estaba arrestado aquel día por haberme *fumado* u na clase, me *empalmaron* y me soplaron ocho días de arresto. ¡Si tengo yo una sombra!...

—Yo, solo una vez he apelado á las *chuletas*; fué un día que estaba de malas, y, para salir del paso, escribí el cálculo en un papelillo de fumar, que metí en la manga de la guerrera. Por fortuna aquel día no me preguntaron la lección y salí del apuro sin consecuencias.

—Eres un *virguero* de primera.

—Si me la llegan á preguntar, como no tengo costumbre, creo que hubiera preferido *confesarme*.



CAMPAMENTO DE LOS ALIJARES: MISA DE CAMPAÑA

(De fotografía remitida por nuestro Corresponsal.)

novedad y con el fresco que hacía, se pasaba bien, excepto cuando salimos á maniobras con los impermeables; pero ahora, con este calor aplastante, aplastante y achicharrante, es cosa de tirarse á los perros.

—¿Y de comer? ¿Coméis bien?

—¡Ya lo creo! Con un apetito de heliogábalos; lo mismo tragamos una lonja de salmón que una *chuleta con gabán*; con decir que aquí hasta la *carne con betún* y el *batallón* casi nos gustan, está dicho todo.

—Pero, ¿qué diablos estás diciendo? ¿Chuletas con gabán..., batallón..., carne con betún... ¿qué guisos son esos?

—Son los nombres que damos nosotros á las empanadas, al guisado y á la carne en salsa. Es nuestro *argot*: aquí todas las cosas y personas tienen motes, desde los *sotas* y los *protos* hasta el general; desde los *paralelepípedos* hasta la *bala rasa*.

—¡Hombre, hombre! ¿qué es eso de sotas y de protos, de paralelepípedos y de balas rasas?

—Los *sotas* son los tenientes y los *protos* los capitanes; los *paralelepípedos* son las migas famosas de nuestro desayuno y las *balas rasas* son las copas de amilico que nos da Felipe el cantinero.

—¡Ah, ya!

—Sí, señor; aquí nadie se escapa sin mote. Mire usted, sin ir más lejos: ¿Vé Ud. el chisme ese que lleva aquel hombre para tostar los cacahuets? ¿A que no acierta Ud. cómo lo llamamos?

advertido, puede contar aquel día con tener á Palomo á la mesa.

—Es muy particular. Pero, ¿qué relación tiene ese perro con los motes?

—Se la explicaré á Ud. Cuando llega un profesor nuevo ó se quiere cambiar el mote de algún antiguo, se llama al perro, se le pone con letras grandes en el lomo el mote elegido, y como el perro anda por todas partes, todo el mundo se entera, y cae en la cuenta de la persona á quien se aplica el mote. *Et voilà tout*.

—No está mal urdido, no. Por supuesto que más de una vez tendréis algún disgusto á cuenta de los motes.

—Nada de eso. En primer lugar, los motes no son ofensivos, y tenemos mucho cuidado para no dejarnos pescar; luego, como todos tienen el suyo y lo saben, los mismos profesores se rien de ello, y si hay algún deslíz hacen la vista gorda, pues sería de mal gusto obrar de otro modo con travesuras sin consecuencia, propias de nuestra edad.

—¡Vaya una *rosca* que te tiraste ayer en topografía, camará!

—¡Sí, fué una *hostia* morrocotuda, una *plancha* que ni las del Circo de Price! En cambio tú, como siempre, estás *empollando*, vas siempre bien *apistonado*, y nunca *te caes*.

—Es que, chico, hay que ir bien *amarrado* para

—¿Tú *confesarte*? Sería la primera vez, *empollón*, que no sabes más que *tirarte chatas*. En cambio yo... si no gano el cielo con tantas *hostias* como trago y tantas veces como *me confieso*, no hay quien lo gane. Ya llevo dos *revolcones* en los exámenes, y creo que, si Dios no pone remedio, este año me quedo de *gato* de la Academia.

IV

LOS DOMINGOS DEL CAMPAMENTO

—¿Van Uds. mañana al campamento?

—Yo sí, pienso ir con mi parienta; tiene capricho por oír una misa de campaña, y, como está embarazada, hay que darla gusto, no vayamos á tener alguna...

—Bien hecho. Yo también quiero ir, pero prefiero ir por la tarde; la misa de campaña tiene poco que ver.

—¿Poco que ver? Pues ¿hay nada más hermoso que la celebración del divino sacrificio en medio del campo, teniendo por alfombra perfumados tomillares, por bóveda el manto azul del cielo y por lámpara el mismo sol? A mí ningún espectáculo religioso me inspira tanta devoción ni eleva tanto mi alma como una misa en el campo, donde parece que estoy en comunicación directa con Dios, cuya omnipotencia pregonan la inmensidad del espacio. ¿Qué vale, al lado de estas maravillas, la más maravillosa catedral, que sólo me habla del poder del

LOS ALUMNOS DE LA ACADEMIA GENERAL DE TOLEDO EN EL CAMPAMENTO DE LOS ALIJARES

(Fotografías de D. Lucas Fraile.)



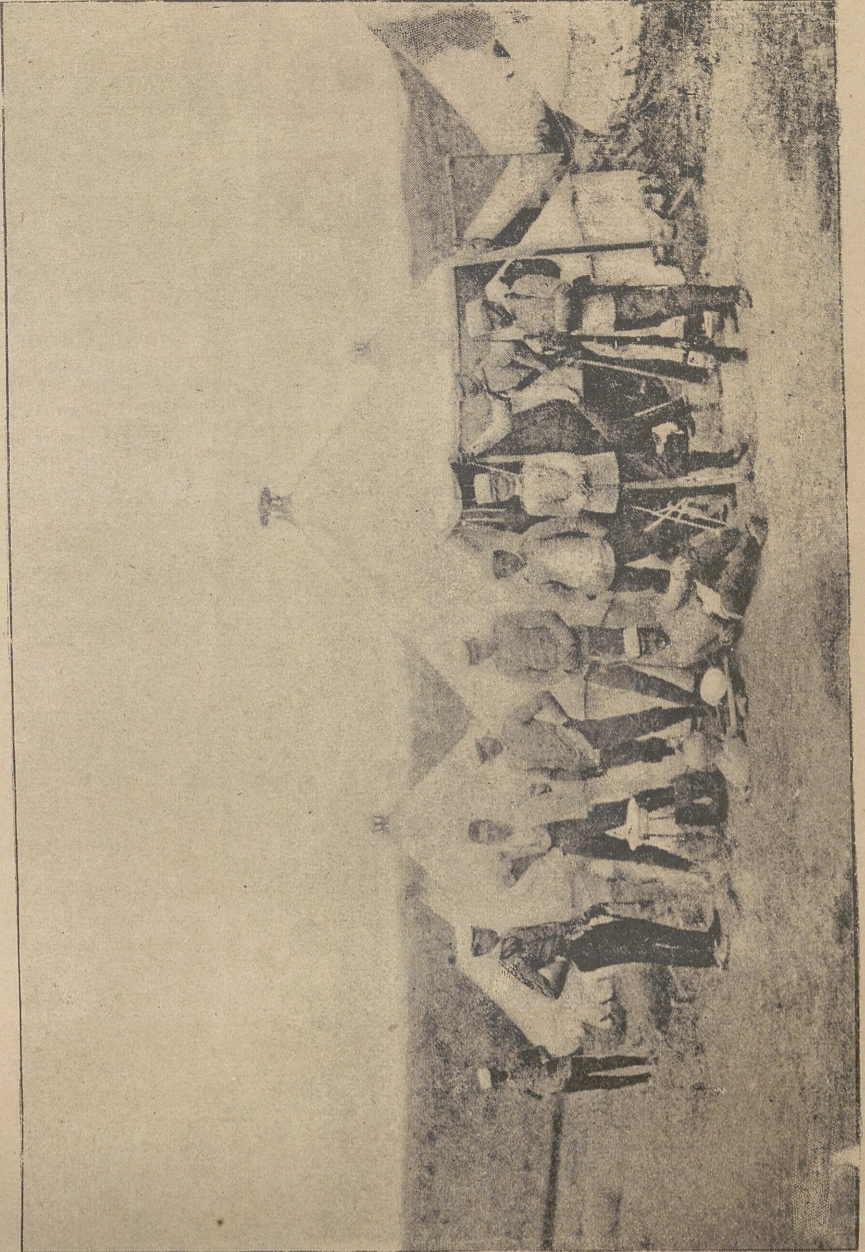
TRABAJOS DE TRINCHERA



GRUPO DE ALUMNOS HACIENDO GESTIONES PARA TRINCHERAS



GUARDIA DE TRINCHERA



HORA DE DESCANSO

CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA



Antonio Gisbert lo pintó.

SALIDA DE COLÓN PARA AMÉRICA

FOTOG. DE J. LAURENT Y C.ª—MADRID.



FOTOG. DE J. LAURENT Y C.ª — MADRID.

UNA FAMILIA FELIZ
(Escena aragonesa.)

M. Yús lo pintó.

hombre? Y aun prescindiendo de estas consideraciones, ¿le parece á Ud. que no se pasa un buen rato viendo la formación de los alumnos en el frente de banderas, la distribución de las fuerzas de infantería, caballería y artillería en el campo para oír la misa, y el regreso después al campamento, amenizado todo por la música de la Academia y la banda de cornetas? Crea Ud. que, de ir al campamento, es preferible ir por la mañana.

—Está Ud. hasta elocuente; pero no me convence usted ni me seduce tanta poesía; por de pronto, hay que ir á pie, á menos de pagar una enormidad por un coche; y luego, ó se queda uno allí todo el día, lo cual resulta pesado, ó hay que volverse á las horas de más calor, á pie también, lo cual es poco divertido, sin contar con que esa lámpara tan hermosa que alumbraba la misa, le achicharra á Ud. sin contemplaciones. Por la tarde, en cambio, lo que sobran son coches á peseta y á dos reales para ir y volver, el camino está mucho más animado, el campamento está lleno de gente, hay música y paseo en el frente de banderas, y después de pasar unas horas agradables visitando las tiendas, las cocinas, el reducto, las trincheras y todo lo demás, se vuelve Ud. con la fresca á Toledo perfectamente descansado.

—Bien dice el proverbio que sobre gustos no hay disputa. Vea Ud. lo que son las cosas; por nada del mundo iría yo en coche al campamento, porque, sobre el temor de estrellarme por lo á escape que van para poder hacer muchos viajes, no gozo á mi gusto de las bellezas del camino. Además, el ir á pie es sumamente higiénico, y la distancia es corta; por la fuente de la Teja, son sólo cinco kilómetros y por los lavaderos cuatro; de modo que yendo por un lado y volviendo por otro para variar, resulta un total de nueve kilómetros, es decir, un paseo de dos horas; ya ve Ud. que eso no es nada; dos horas de paseo las tiene cualquiera todos los días. En cuanto á volver por la mañana, no hay necesidad; allí tiene Ud. multitud de barracones y fondines, donde se puede comer perfectamente si no prefiere Ud. llevar merienda, y se disfruta un día de campo muy agradable. Las horas de calor puede usted pasarlas en el comedor de los alumnos, en la seguridad de encontrar en él siempre fresco; desde allí se entretiene Ud. en ver venir los coches y bajar la gente, y crea Ud. que no hay tiempo para aburrirse.

—Sin embargo, cada loco con su tema. ¿Sabe usted cuándo iría yo de buena gana al campamento? Pues un día de trabajo, para ver á los alumnos en sus operaciones y maniobras, los unos arreglando el telégrafo, los otros cavando para abrir una trinchera; unos haciendo cestos para los parapetos, otros levantando planos ó preparando fogatas, etcétera, etc. Sobre todo, los días de batalla, no perdería ni uno. Pero, amigo, este año es muy difícil esto; con no permitir la entrada sino á los que tengan autorización del general, que no quiere darla á tres tirones, hay que renunciar á darse este gusto. —Y á propósito de autorización; para mañana también se necesita. ¿La tiene Ud.?

—Sí, señor. ¡Ah! Si los pases para los días de trabajo los dieran con tanta facilidad como los de días festivos... Aquí tiene Ud. una tarjeta.

—¡Oh, muchas gracias! Pero no quisiera privar á Ud...

—No tenga Ud. cuidado; ya me proporcionaré yo otra; no hay más que pedirlos en la guardia de prevención, aquí, en Toledo, ó en la Mayordomía del campamento, y dan cuantas se pidan.

—Pues se lo agradezco mucho.

—Conque hasta mañana, ¿eh?

—Hasta mañana; allá nos veremos por la tarde. Ya estaré yo á la mira desde el comedor para verle bajar á Ud. del coche.

—Pues divertirse mucho y que aproveche la misa la señora.

* *

—Señorito, ¿me da usted un ochavito pa vino?

—Atrasado andas de noticias, Carrero: ¿cómo pides un ochavito si ya no hay ochavos?

—Bueno, pues una perrita: ¿me da usted una perrita pa vino?

—Te doy un duro si dices lo que yo te diga.

—A ver qu'es eyo.

—Has de decir: «¡muera los cadetes!»

—Aunque me dé usted la gloria, no digo yo eso.

¡Vivan los caetes!

—Pero, hombre, si estamos solos y no nos oye nadie.

—¡Vivan los caetes!

—Te doy cinco duros; míralos, aquí los tienes, en el suelo los pongo. Ya ves que el campamento está todavía lejos, que estamos en medio del campo y que nadie nos oye. Me conformo con que lo digas en voz baja: dí «¡muera los cadetes!» y túyos son esos cinco duros.

—Que le digo á usted que no. ¡Vivan los caetes!

—Este Carrero es todo un carácter. ¡Y decir que quizá corre por las venas de este mendigo la noble sangre de los Portocarreros! Vaya, toma una peseta.

—Dios se lo pague á Ud., señorito.

* *

—Pasen Uds., señoras; aunque la tienda no es mía sólo, aquí están Uds. en su casa, y todo lo que aquí tenemos está á su disposición.

—Muchísimas gracias. Uds. siempre tan galantes...

—El bello sexo lo merece todo, señoras; mucho más estando también representado como por ustedes. Siéntense Uds.... no tengan Uds. reparo en estropear las camas; se vuelven á hacer en seguida.

—¡Qué mal lo deben Uds. pasar aquí!

—No lo crea Ud. Como viene uno cansado de andar todo el día de jarana, se duerme como un lirón de cualquier modo. Siéntense Uds., háganme el favor.

—Vaya, puesto que Ud. se empeña...; pero les vamos á estropear los capotes. Tienen Uds. la tienda muy bien puesta y con mucho gusto. Desde fuera hacen muy buen efecto los capotes vueltos del revés, formando una alfombra de color grana; los fusiles á la entrada formando pabellones hacen muy bien. ¡Ay, Jesús!

—¿Qué es eso, señora? ¿Qué la ha pasado? Levántese Ud. ¿Se ha hecho Ud. daño?

—Muchas gracias, no ha sido nada: me fui á mover para sentarme mejor en la cama, y como tiene tan poco peso y yo tengo tanto, se levantaron las tablas y me caí... ¡Qué vergüenza!

—No se apure Ud. por eso, señora. No se ha visto nada, ni siquiera el color de las medias. ¿Quiere usted un vaso de agua? La tenemos fresquita; en los botijos se conserva muy fresca.

—Sí, sí; hágame Ud. el favor..., beberé un poco para tranquilizarme.

—Aquí está el botijo, mamá.

—No se moleste Ud., señorita; yo lo cogeré.

—No es molestia ninguna. ¡Uy, qué miedo! ¡Un bicho! ¡Ay, ay, ay, ay!

—Pero, ¿qué es eso? ¿Que la da á Ud.? No brinque Ud. así encima de la cama, que se va Ud. á caer.

—¡Uy, qué asco! Si se me habrá metido por alguna parte...

—Pero, hija, ¿qué haces? No te sacudas así los vestidos, que estás enseñando todas las piernas. Bájate de ahí.

—¡Ay, mamá! ¡Qué feo! Debe ser un sapo.

—¿Dónde?

—Ahí, junto al botijo; yo no me atrevo á mirar.

—A ver... ¡Uy, qué miedo!

—¡Uf, qué asco!

—¡Ay, ay, ay, ay!

—Pero, ¿dónde van Uds., señoras? No hay cuidado ninguno: nosotros encontramos sapos, lagartos y culebras todos los días y nunca nos ha sucedido nada malo. Vuelvan Uds., señoras, que hace todavía mucho calor para estar fuera de las tiendas.

—No, no; nos vamos al comedor, y si no á Toledo. ¡Adiós, Arturito!

—¡Ay, ay, ay! A mí me pica en el cogote.

—Yo debo tener algo en la espalda.

—A mí me anda algún bicho por las piernas.

—Yo siento una cosa fría que me corre por el pecho...

—¡Uy, qué miedo!

—¡Uf, que asco!

—¡Qué bicho más feo! Era verde...

—No me lo nombres, Catalina... que se me ponen los pelos de punta sólo de acordarme...

* *

—Aquí, en el comedor, se está perfectamente, ¿no te parece?

—¡Ya lo creo! Aquí da gusto estar, por lo entretenido que es el sitio y por el fresco que se siente. Mira qué vista tan bonita presenta desde aquí el campamento, con Toledo en el horizonte.

—¡Muy bonita! Y la ermita de la Guía encaramada en aquel peñasco á la izquierda, y las otras del reducto coronadas por la bandera española, á la derecha, completan lo pintoresco del cuadro.

—Ya empiezan á venir los coches. Mira qué cargada viene aquella jardinera.

—Yo no sé cómo no ocurren la mar de desgracias con ese afán de amontonar así la gente. ¡Precioso corte tiene aquella mujer! ¿Has traído los gemelos?

—Sí.

—Hazme el favor, que quiero verla á mi gusto. ¡Qué bien viste esa mujer!

—Pero ¿de quién hablas?

—¿De quién ha de ser, hombre? De la del traje claro. Es una preciosidad, y va tan sencilla como elegante. No hay ninguna en Toledo que sepa recogerse el vestido con tanta gracia como ella.

—Pero ¿tú la conoces?

—De vista únicamente; en Zocodover, en la vega y en el Miradero la he visto muchas veces, y siempre me ha llamado la atención.

—Mira, mira aquella señora que se baja de aquel coche.

—¡Anda! ¡Y que no se para en barras para recogerse los vestidos! ¿Has visto? A poco más, enseña hasta las ligas.

—Es jamona, pero todavía está de buen ver.

—No digas eso, hombre; si es una facha... Di, ¿quién es aquel oficial que está paseando del otro lado del parque? Hace más de media hora que no para de ir y venir.

—Me parece que es el capitán que vive enfrente de nuestra casa. Debe estar esperando á su familia, y estará impaciente.

—Allí asoman dos coches. ¡Buen cargamento de aspirantes traen!

—Mira, mira esa familia que sale por allí abajo. ¡Humor se necesita para venirse á pie á estas horas

y cargados con las cestas de la merienda desde Toledo!

—Así vienen ellos de sofocados y molidos. ¡Ah! allí está ya el coche de mi tío. Voy á dar la mano á mi primita. ¿Te quedas? ¡Adiós! Ya nos veremos.

—¡Vete con Dios! Pero ya le diré yo al oído á tu primita cuánto te gusta la del traje claro.

—¡Ay, chico! Si no fuera más que esa... Pero... ¡me gustan tantas! ..

* *

—¿Ustedes no han visto las cocinas del campamento?

—No, señor.

—Pues es cosa curiosa, sobre todo para Uds. las señoras.

—¡Ya lo creo! Si Ud. fuera tan amable que nos las quisiera enseñar...

—Está prohibida la entrada, porque se agolpa mucha gente, y los cocineros no pueden trabajar como es debido, mucho más desde que ya no están, como antes, al aire libre. Pero ¡no importa! Ahora es buena ocasión. Vengan Uds. y se las enseñaré. Están allí abajo, en aquel edificio.

—¿Hay que pasar este puente de madera, don Enrique?

—Si no se quiere, no; pero pasen Uds. por él sin cuidado; lo tendieron anteayer los alumnos para hacer pruebas de resistencia, y está firme como una roca. ¿Ven Uds.?

—Sí, si está muy bien. ¿Conque lo han hecho los alumnos? ¿Cuánto les hacen trabajar!

—Esto no es nada, D.^a María; esto para ellos es cosa de juego. ¡Si todos sus trabajos fueran así!...

¡Vaya, aquí tienen Uds. las cocinas!

—¡Jesús, cuánta ensalada! ¡Vaya unos barreños de lechuga! En mi vida he visto tanta lechuga junta.

—Mire Ud., mire Ud., Life.

—¡Jesús! ¿Y de qué son estos montones, Enriqueta?

—Yo no sé; como nunca he venido al campamento... Hipólita lo sabrá. ¿Qué montones son esos, Hipólita?

—¿No los conocen Uds.? Pues son las migas, las famosas migas de la Academia, unas migas riquísimas. ¿Uds. no las han probado?

—Yo, no. Aunque Luis está en la Academia, nunca me ha tocado probar nada. Conozco las migas de oidas.

—¡Qué lástima! Pues no saben Uds. lo que es cosa buena.

—Lo que á mí me choca es que los pobres chicos no se hartan de migas.

—Pues ya ve Ud.; todos, todos los días se desayunan con ellas, y nunca se cansan.

—Estas sí que son hornillas, Eloísa; aquí sí que se puede asar un carnero entero.

—¡Y qué bien quedan las cosas! ¡Vea Ud. estas gallinas, D.^a Carmen, qué doraditas y ¡qué tiernas están!

—Pero, ¿dónde se habrán ido Juan y Carlos? Les gustaría tanto ver todo esto...

—No se apure Ud., Eloísa; habrán ido con su papá y D. Fernando á ver otras cosas. Ya lo verán ellos luego.

—Mire Ud., mire Ud., Micaela: vea Ud. con qué limpieza y con qué agilidad están esos dos cocineros preparando las tortillas.

—¡Calle Ud.! Si eso no es visto ni oído; parece cosa de magia. ¿Se ha fijado Ud., Life?

—Ya me había llamado la atención. ¡Cuidado que es destreza y prontitud! Con una sola mano escalan los huevos, y en un santiamén los batan, los vuelven y ya está hecha la tortilla.

—Pues, ¿y la manera de arreglar las raciones de merluza? ¿Usted ve, Enriqueta? En un decir Jesús queda cortada la ración, rebozada y frita. ¡Hija, esto da gusto! Todo está diciendo comedme.

—¿Y los postres? Mire Ud., Aurora, qué de cestos de fresa. Eso sí que da dentera. No se quejarán los alumnos de que les tratan mal.

—Así debía ser, pero ya verán Uds. cómo, en cuanto acaban de comer, llenan los barracones de allí abajo para atracarse de golosinas y de copas.

—Eso es propio de la edad.

—Muchos lo hacen sólo por seguir la corriente.

—¿Y helados? Nos habían dicho que también aquí había helados.

—Algunos días sí, señora; pero esos los preparan en la Mayordomía.

—Hija, aquí no falta nada. Si yo tuviera un hijo, aquí había de venir.

—¡Ah, señora! No crea Ud. que todo son rosas en la vida militar.

—Es verdad; pero no hay rosas sin espinas.

* *

—Hombre, Ud. que estará enterado, ¿me podría usted decir cuánto gasta, poco más ó menos, la Academia en los artículos de primera necesidad?

—Con mucho gusto; precisamente hemos estado hablando de ello ayer mismo, y tengo datos frescos y positivos.

—¿Cuánto me alegro! No es más que una curiosidad; pero he estado viendo las cocinas y me gustaría saber lo que consume, aproximadamente, la Academia.

—Pues verá Ud. Los ingresos que tiene la Academia al trimestre son unas 130.000 pesetas; en cuanto á los gastos, empezaré por las partidas más pequeñas: en leche para el café del desayuno, pues

el de la comida lo toman puro, se gastan al mes 300 pesetas.

—¡Vaya! Es una ración muy regular.
—En petróleo para el alumbrado se invierten otras 300 pesetas.

—No es mucho. Pero bien podía la Academia tener alumbrado eléctrico.

—Para el año que viene lo tendrá; hasta ahora ha sido imposible por falta de fuerza motriz; en cuanto terminen de montar las nuevas turbinas para completar el alumbrado de la población, tendrá la Academia luz eléctrica.

—Bien, bien; dispense Ud. que le haya interrumpido. Siga Ud. diciendo.

—En salchichera se gastan unas 500 pesetas mensuales.

—Ya representa eso una degollina regular de cerdos.

—En patatas no baja ningún mes el gasto de 800 á 900 pesetas.

—Pues si cada patata se volviera una bomba, había para ametrallar á medio mundo. ¿Y en vino? ¿Se gasta mucho?

—Regular: unas 1.700 pesetas mensuales.

—¡Vamos! Ya se podía con esa cantidad coger una buena turca.

—El lavado y planchado importa también, por término medio, otras 1.700 pesetas.

—¡Hola! Eso sí que me parece demasiado.

—No lo crea Ud. Dan mucho que lavar 800 hombres; y luego la mantelería, servicio de camas, etc. No bajan de 50 mujeres las que hay ocupadas en todo esto en los lavaderos de la casa del Diamantista.

—Sí, sí, ya me hago cargo. Y entonces, ¿cuánto se gasta en pan?

—4.000 pesetas mensuales.

—¡Cáspita!

—Y en carne 5.500.

—¡Diablo!

—Y cuente Ud. con que la Academia tiene todos los suministros por contrata, y que obtiene por lo menos un 25 por 100 de beneficio sobre los precios corrientes de la plaza.

—Ya, ya spongo... Pero, vamos á ver, ¿cuál es la manutención ordinaria del alumno?

—Le diré á Ud.: para el desayuno, un plato de migas, café con leche y un panecillo de 125 gramos; para la comida, sopa, cocido con verduras variadas, un principio de carne ó de pescado, y un postre de queso, frutas, dulce ó repostería, medio cuartillo de vino, pan á discreción y una taza de café puro; y para cena, un plato de legumbres, ensalada, huevos ó tortilla, otro de carne variada, y postre, con medio cuartillo de vino y pan á discreción; todo, por supuesto, abundante y escogido, se lo aseguro á Ud.

—Lo creo desde luego; pero, ¿por cuanto viene á salir, por término medio, la manutención del alumno? ¿Han hecho Uds. el cálculo?

—¡No se ha de haber hecho! Tanto se ha hecho, como que está terminantemente prevenido que el máximo de coste de la manutención, alumbrado y camarero, sea, por cada plaza de alumno, de una peseta con noventa céntimos.

—¿Qué me dice Ud.?

—Lo que Ud. oye.

—¡Si parece increíble!

—Pues nada más positivo.

—Pues le digo á Ud. que eso es una ganga; que todas las casas debían tomar por modelo de buena administración á la Academia, y que todos debiéramos asociarnos para obtener, por medio de la cooperación, resultados semejantes.

FERNANDO ARAUJO.

Á NÚÑEZ DE ARCE

SONETO

Un genio ardiente, un alma vengadora
reclama ya la universal conciencia:
brilla el cinismo, triunfa la licencia,
y la maldad se yergue vencedora.

Falta un genio de voz atronadora
que maldiga del vicio y la impudencia,
reduzca al ambicioso á la impotencia
y arranque tanta máscara traidora.

Un genio, sí, de frente inmaculada,
que convierta su pluma de diamante
en látigo de fuego ó recia espada,
y que ostente en su espíritu radiante

de Tácito la cólera sagrada,
y el estro airado del terrible Dante.

MANUEL REINA.

CANTAR GITANO

El tiempo que corre;
los años que pasan...
la mitad de mi largo camino
la tengo ya andada.

Alárgame pronto
tu mano, bien mío,
¡que me falta valor para la otra
mitad del camino!

ANTONIO MONTALBÁN.

DON ENRIQUE SEPÚLVEDA



QUIÉN no conoce en Madrid á Enrique Sepúlveda? Su nombre es popular así entre la *high life* madrileña como entre las gentes de letras; sus libros son celebrados unánimemente por periódicos de España y América.

Sepúlveda esgrimió sus primeras armas en la prensa, principalmente en la *literaria* y festiva, donde se conquistó, á pesar de su modestia y falta de pretensiones, un puesto envidiable.

Después ha ido dando á la estampa infinidad de volúmenes, satíricos unos, novelescos otros é interesantes todos.

La vida en Madrid, publicada en diferentes años, son una hermosa serie de crónicas ó anales madrileños, en los que se ven en acción las varias y características costumbres de todas las clases sociales, altas y bajas, pobres y ricas, cultas é indoctas; desfilando en esas animadas revistas toda suerte de tipos y personajes, de episodios dramáticos y de escenas cómicas, llenas de ocurrencias, malicias, chistes y gracias dignos del chispeante gracejo de un Mesonero Romano.

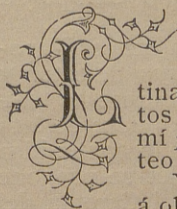
Su estilo es suelto, fácil, correcto y atildado siempre, adaptándose al asunto que describe; sus diálogos parecen arrancados de la realidad misma, por la viveza de su expresión, sus naturales giros y sus populares locuciones.

Cuando Sepúlveda escribe trabajos serios, revela una segunda naturaleza completamente distinta de la que acabamos de diseñar; aparece entonces el hombre grave y reflexivo, erudito y pensador, cuya palabra ilustra y convence.

De sus últimas obras recordamos *El teatro del Príncipe Alfonso*, que la prensa política y literaria ha reproducido en parte en sus columnas.

Dentro de poco dará á luz un estudio sobre *Jovellanos*, que ha de tener grande éxito y resonancia en el mundo de las letras.

MI CARNAVAL (1)



A chimenea de mi cuarto ardía.
Afuera las comparsas y estudiantinas
asordaban la calle con sus gritos
y sus músicas que llegaban hasta
mi *por encima* del monótono castañeteo
de la lluvia.

Yo estaba en mi habitación, medio
á oscuras, completamente solo, abstraído
en mi propio pensamiento. Las llamas del
hogar danzaban fantásticamente lamiendo
con sus lenguas de oro el borde de la chimenea.
Mi voluntad sumíase en los limbos de la indiferencia.

El epiléptico rumor de las bandurrias se alejaba
apagándose entre el rodar de los coches. La
lluvia persistía. El cielo estaba negro, muy negro.
Alguna que otra estrella, como una peca de luz,
rutilaba en su cara tétrica.

La labor silenciosa de mi cerebro, entregado
á sí mismo, era á ratos interrumpida por el ruido
del hierro con que removía yo la lumbre. Mi
imaginación sombría aleteaba de aquí para allá,
despertando mis tristezas más íntimas, como
cuervo que pasa á deshora graznando por un palomar
dormido.

MI espíritu fluctuaba entre la vigilia y el sue-

(1) Del libro, últimamente publicado, *Triguiraques*, original del notable escritor cubano D. Emilio Bobadilla (*Fray Candil*), que con tanta gloria representa en la capital de la metrópoli el floreciente estado de las letras de aquella ilustrada y culta antilla.

ño. Mis estados de conciencia se sucedían confusamente, y mis ideas desordenadas, como de quien ve á un tiempo muchas cosas distintas, mariposeaba inquietas y febriles.

.....
¡El amor! ¿Para qué sirve el amor? Para atormentarnos. El amor, como la inteligencia, es una función de lujo, porque la especie puede perpetuarse sin él, según advierte Carlos Richet. La ostra vive y se reproduce, y maldito si tiene conciencia del amor. ¡Quién fuera ostra!

Sus ojos, aquellos ojos en que se daban cita todos los eufemismos de la picardía, me estaban mirando con fijeza. Aquellos ojos me inspiraban celos *aísladamente*. ¡Cuántas veces se arrasaron de lágrimas por mí! Una rabia secreta me escarabajaba en el corazón. ¿Eran celos? Quizá. De fijo que á estas horas se los estarán besando. ¡Y ella se dejará! ¿Y qué?

Luego sentía ganas de volar, de volar hasta ella para insultarla. ¡Pérfida! ¡Tonto de mí! Sospechar de la fidelidad de una querida ausente...

¡Pobrecilla! Cuando la conocí, tenía en la cara todas las alegrías de una primavera que rompe. Hoy la risa se ha congelado en sus labios y su semblante brilla con la palidez de las flores muertas. Sí, fui contigo cruel é injusto. Tienes derecho á la venganza.

El fuego languidecía trazando en el techo círculos de sombra. Así como así, todo tiene un término. Llegará día en que la tierra se caliente demasiado por su vecindad con el sol ó se enfríe por el apagamiento de dicho astro...

¡La muerte! ¡Qué triste es la muerte! ¿Para qué vivimos? Tantos padecimientos, tantas amarguras, ¿en qué se resuelven? En una mueca y una convulsión...

Mi padre... ¿qué será de él, perdido en un cementerio, allá lejos, muy lejos, en América, sin más cariños, quizá, que los que el sepulturero le dedique arrancando la hierba que brote al pie de su sepulcro? Tal vez la lluvia caiga en estos momentos sobre su fosa calando sus huesos y profanando aquella cabeza pensativa y melancólica...

¡Con cuánto amor, padre querido, te confiaría mis dolores más recónditos, á tí, el único que los comprendería, porque mis dolores fueron tuyos antes!

Job, qué doloridamente lo dijo: «*Militia est vita hominis super terram, et sicut dies mercenarii, dies ejus.*» La vida es una perpetua guerra en la que sólo triunfan... los gusanos. ¡Quién pudiera sentir muerto la muerte!

El último tuero agonizaba lanzando hipo de luz rojiza que, al desparramarse en la penumbra, parecía una araña deforme que trepaba, con el vientre incendiado y roto, por la pared.

Una congoja de histérico, superior á todo lenguaje, me invadía. Era una tristeza que sólo la música podía traducir. Entonces comprendí la verdad que encierran aquellos hermosos versos de Matheu Arnold:—«Bajo la corriente débil y fugaz de lo que *decimos* que sentimos; bajo la corriente ligera y fugaz también de lo que *creemos* sentir, se desliza silenciosa y no percibida la profunda corriente de lo que *verdaderamente* sentimos.»

Sonaron las tres de la madrugada. Una cateriva de borrachos, dando voces, pasaba por la calle.—«¡Serenol!»—gritaba alguien.—«¡Voy!»—respondía.

Una música, destemplada y triste, probablemente de guitarra de ciego, se lamentaba en la lejanía.

Era una música monótona, lánguida, llena de quejas, de sollozos. ¿De qué hablaba? Del pesimismo de la vida, de lo efímero de las cosas, tal vez de las grandes resignaciones ignoradas. Sí, aquel ciego, ó lo que fuera, vivía resignado, acariciándose el corazón con el murmullo trémulo de su guitarra vieja.

.....
Cerré las maderas del balcón. Hacía frío.

Aquella noche, noche de Carnaval, me había disfrazado de... filósofo, tal vez de loco, para distinguirme, sin duda, de los muchos que se disfrazan de pollinos...

EMILIO BOBADILLA.

EDAD MEDIA

¡Llévame, pensamiento, á aquellos días
de torneos, y músicas y flores;
á esa edad del valor y los amores
y de las citas en las noches frías!...

Transpórtame á esos tiempos de alegrías,
de empresas y de sueños tentadores,
en que cantaban dulces trovadores
al pie de las talladas celosías.

Quiero ver á la hermosa castellana
de codos en la reja, cuando flota
su pensamiento en la extensión lejana,
mientras llega al castillo el caballero
con su penacho azul, su recia cota
y en sangre tinto el toledano acero.

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.



DESDE hace un mes salimos á incendio por día. Dicese que los fuegos vienen por series, como el rojo y negro, como los descarrilamientos y los suicidios. Pero ya la serie ésta va siendo demasiado larga para no sospechar que haya trampa. El 1.º de Mayo señalóse con el incendio de la prefectura de Troyes; á partir de aquel día, los campos y las ciudades registran uno cada veinticuatro horas. La cuarta parte del bosque de Fontainebleau ha ardido como yesca. Los siniestros van del centro de París á los pueblos de alrededor, y de éstos vuelven á París. Esta periódica intermitencia merece notarse. El Gobierno parece haber caído en ello, pues ha ordenado que se proceda á una información detenida y simultánea en toda Francia. Esperemos que la indagatoria dé resultado, y al propio tiempo alabemos la prudencia del Ministro de Obras públicas, inspeccionando los teatros, para ver si se cumple el reglamento contra incendios.

Por lo general estas inspecciones no se hacían antes hasta que un siniestro mayúsculo sembraba el terror en el público. La iniciativa actual de Mr. Viette es tanto más digna de aplauso, cuanto que no hay un solo teatro en París, excepto el de la Opera, donde el riesgo de un incendio se halle oportunamente previsto. Viejos caserones, en su mayoría empotrados entre otras construcciones; alambicados hasta lo increíble para ganar una localidad, mezquinos en dimensiones, sin salidas adecuadas, cada uno de los teatros viene á ser una sartén preparada para otra fritura como la de la Opera Cómica.

Los directores, sin reparar en el peligro que corren de que la autoridad les ordene ponerse en regla antes de comenar la temporada cómica, han iniciado contra la prensa una campaña para suprimir las entradas de favor. La eterna discusión de si el billete gratis que disfruta el periodista es una retribución debida por el anuncio y el bombo que la prensa facilita al director, al autor y á los artistas, vuelve á aparecer sobre el tapete. Los directores pretenden tenérselas firme contra la gente de pluma, y han formado para el efecto un sindicato, el único que faltaba, jurando respetar cada cual en su teatro los acuerdos decisivos que tome la junta. Los periodistas, por su parte, empiezan á reclamar que el Prefecto de policía y la Comisión de teatros inspeccionen inmediatamente la situación de éstos. La guerra parece próxima á estallar entre unos

y otros, y á menos que no termine, como ocurrió más de una vez, en un arreglo conciliador, el público será quien beneficie en definitiva de esta disputa de comadres.

*
**

Ya metido en el teatro, me ocurre hablar de una obra dramática que tuvo su época de notoriedad, aunque no tanta como la novela de que se extrajo: refiérome á *Numa Roumestan*. La obra de Daudet ha recobrado por un momento su actualidad con motivo de la muerte del senador inamovible Mr. Numa Baragnon. El ser este personaje meridional como el héroe de la novela, y, cual él, político versátil, orador campanudo, fanfarrón y exagerado, aparte de la identidad de los nombres, hace creer á mucha gente que el personaje ficticio y el político que acaba de morir venían á ser el original y el retrato. Daudet ha negado siempre semejante intención; pero sea que las leyendas se arraigan más que las realidades, el hecho es que el oscuro senador pasará á la posteridad con su tocayo Roumestan.

Daudet defiende su inocencia con palabras dignas de consignarse, sobre todo porque dan á conocer en parte su método de trabajo.

La infancia de *Numa Roumestan* es la infancia de Daudet, y la escuela que allí describe es la misma en que le enseñaron á leer, pues ya se sabe que Daudet ha nacido en ese Mediodía de que tanto se ha burlado: en Nimes. «Yo poseo, — cuenta el autor del *Nabab*, — un cuaderno verde lleno de notas acumuladas durante veinte años, sobre los hombres del Mediodía, apuntando sus idiosincrasias, sus frases, sus gestos, sus manifestaciones todas. No tengo más que hojearlo y extraer documentos á porrillo, que no necesitan más que darles forma, zurrillos y echarlos á volar.»

Daudet ha hecho un estudio profundísimo del carácter meridional, aplicable lo mismo al andaluz que al tolosano ó al marsellés. Lo más difícil, según él, es señalar dónde empieza y dónde acaba la sinceridad del meridional; es una frontera flotante que no hay medio de fijar. Habla y comienza á mentir; poco á poco la convicción le penetra con la palabra, se exalta, se emborracha, cree lo que va diciendo y concluye por pensar lo contrario de lo que creía un momento antes. Es un carácter en el que no hay que buscar la reflexión; todo es repentino. Pensar, hablar, obrar, todo es una sola y misma cosa. Este es su flaco, y al propio tiempo su fuerza.

Para Daudet el prototipo de la raza es Napoleón, figura que resume todos sus defectos y sus buenas cualidades. Ningún hombre ha tenido como él la rapidez de la concepción; de ésta á la ejecución no transcurriría un instante: idea y acción eran simultáneas. Daudet se propone escribir un día un estudio sobre el Capitán del siglo, si la vida le da tiempo y sus ocupaciones espacio.

Pero volviendo á *Numa Roumestan*: la célebre frase que pone en boca del intranquilo político, *Quand je ne parle pas, je ne pense pas*, en la que muchos creyeron ver una alusión á Gambetta, asegura Daudet que es de cosecha propia. Si es así, pruébase con esto su intuición genial; pues un Ministro republicano, meridional también, Mr. Devés, había declarado ya una vez que tenía «necesidad de hablar para pensar», y mucho antes Montaigne había escrito: «La palabra atrae la idea, como el volteo de las campanas al rayo.»

Que *Numa Roumestan* sea ó no un retrato; que Daudet se proponga ó no en todas sus obras reproducir las fotografías que va tomando de la vida y estampando en su libro verde, lo que no admite duda es que los personajes y las escenas

de todos sus libros se encuentran en el mundo con ligeras variantes y llevando un nombre. Su Duque de Mora es Morny en cuerpo y alma; la boda que Fagan supone en *Rose y Ninette*, subiendo las gradas de la Magdalena al casarse la hija de unos padres divorciados, ha tenido efecto con todos los detalles de la más sorprendente y á la vez más lamentable realidad. ¿Saben ustedes cuándo? Cuando el matrimonio de la infeliz Mme. Lassimonne, asesinada la semana última por la esposa de su amante.

Escenas de la vida, cuadros del natural, obras con clave, toda la literatura francesa no es más que eso. Anoche mismo una comedia estrenada en el Vaudeville saca á escenas personajes conocidísimos del mundo parisiense. *El Príncipe D'Aurec*, de Lavedan, ha tenido un éxito completo. Los mismos satirizados tuvieron el buen gusto de aplaudirlo. Los dos personajes principales son conocidos de todos los que lean un poco las crónicas parisienses. El uno es el Príncipe de S. an; el otro un judío archimillonario, el hombre más rico de Europa, el Barón de H. ch.

La crítica de Lavedan reposa sobre el influjo creciente del judaísmo en el gran mundo parisiense, y la abdicación visible por parte de la aristocracia de su antiguo predominio. *Le Prince D'Aurec* es un pasquín contra esta invasión de la plutocracia. ¿Acabará la sociedad por judaizarse, ó llegarán los judíos á aristocratizarse? Lo uno y lo otro. Con tales rozamientos llega un momento en que se confunden de tal modo caracteres y diferencias, que los orígenes se borran y se olvidan; siendo los advenedizos los que más esfuerzos hacen y más pronto pierden el recuerdo de la oscuridad de donde proceden.

Con este motivo lean Uds. esta anécdota fresquita, de hace tres días, en que figura el Rey Oscar II de Suecia, nuestro huésped en París desde anoche.

El monarca ha venido á Francia á visitar el país de sus antepasados, Tolosa. Las autoridades apresuráronse á mostrarle todos los monumentos dignos de admirar, y los lugares en que se desarrollara la oscura historia de su familia. Entre otras visitó la iglesia de Saint Sernin, famosa por sus reliquias sagradas. El Rey oía atentamente las explicaciones que le daba el párroco refiriendo los orígenes de los santos restos y de las urnas que los contienen. Oscar II, sin duda para decir algo, exclamó: «Pero estos relicarios han debido estar cubiertos de oro y pedrería... ¡Hazañas de la Revolución!»

¡Qué colmo de ingenuidad en un nieto de Bernardotte, el semibandido revolucionario y aventurero que llevaba *tatoué* en el pecho la divisa: *Mort aux rois!*

En casa del ahorcado, si los hijos no, los nietos acaban por hablar, sin escrúpulo, de la cuerda y hasta del verdugo.

L. ARZUBIALDE.

París, 1.º de Junio.

NUESTRAS ILUSTRACIONES

Partida de Colón para el descubrimiento de América.— Como en nuestras ilustraciones anteriores, y aun en diferentes trabajos, nos hemos referido ya á este asunto con toda suerte de detalles, omitiremos en obsequio del lector una nueva reseña; haciendo constar únicamente que la fototipia que publicamos es copia del hermoso cuadro del notable pintor señor Gisbert, y representa al P. Marchena bendiciendo á Colón y á los marineros de las tres carabelas en el instante en que se embarcan en Palos para dirigirse al descubrimiento del Nuevo Mundo, que fué en la mañana del 3 de Agosto del año de 1492.

Una familia feliz.—Ha sido una dichosa inspiración del reputado artista Sr. Yus, la de trasladar al lienzo con tal gracia, animación y soltura esa familia aragonesa, compuesta de tres generaciones.

De regreso de las faenas del campo, y para hacer tiempo hasta que esté la cena, el padre toca á la guitarra una jota, que bailan ese par de guapos chicos, mientras la madre mira llena de gozo á su marido, y á los abuelos se les cae la baba contemplando las gracias de los nietos y el garbo y la sal con que mueven sus cuerpecillos.

A la derecha del abuelo está el premio que aguarda á los bailarines: unos ricos y dulces melocotones que el anciano escogió *expresamente* en la huerta para los muchachos, á quienes la boca se les hace agua á la vista de tan incitante y exquisita golosina.

Palmeras y huertanos de Elche (Alicante).—En uno de los primeros números de ESPAÑA Y AMÉRICA publicamos «Una calle de Elche», pueblo situado en la provincia de Alicante, y

allí dimos cuenta de lo que es esta región oriental como nuestros lectores pueden verlo.

La fototipia de hoy está tomada del natural, de los alrededores de Elche, y representa á unos huertanos haciendo la recolección de los dátiles.

Además de lo pintoresco y magnífico del paisaje, llama la atención la sin igual destreza y rara habilidad con que los hombres de la huerta verifican la ascensión á las copas de esos gigantes árboles; ayudándose de sus fajas y apoyándose en los pies, suben tan rápida y fácilmente que asombra y maravilla cómo se las componen, no ya para no rasgarse, sino para no ensuciarse ni arrugar siquiera una prenda de sus airosos vestidos.

Una vez arriba, la operación, como comprenderá el lector, no puede ser más sencilla: con un instrumento cortante cualquiera van segando los racimos de dátiles, que depositan en un lienzo en forma de saco, hasta acabar con todo el fruto sazonado de la palmera.

IMPRESOS RECIBIDOS EN ESTA REDACCIÓN

AMOR Y GIMNÁSTICA, preciosa novela de Amicis, á la que siguen otros trabajos literarios del mismo autor, titulados: *El mes de luto por Garibaldi*, *Confesiones de un conferenciante*, *Discurso á los estudiantes*, *Episodio de mi vida literaria*, *Observaciones sobre la cuestión social*, y algunos más.

HARMONÍA ENTRE LA CIENCIA Y LA FE, por el P. Miguel Mir, nueva edición considerablemente aumentada.

SOLUCIÓN AL JEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR

El amor y la salud hacen buena pareja.

IMPRESA DE LA VIUDA DE M. MINUESA DE LOS RÍOS
Miguel Servet, 13 — Teléfono 651.

Acreditados específicos del Doctor Morales

PASTILLAS Y PÍLDORAS AZOADAS

Para la Tos y toda enfermedad del pecho: Tisis, Catarros, Bronquitis, Asma, etc. — A media y una peseta la caja.

CAFÉ NERVINO MEDICINAL

Maravilloso para los dolores de cabeza, jaqueca, vahidos, epilepsia y demás nerviosos, á 3 y 5 pesetas caja.

PÍLDORAS LOURDES

Es el mejor purgante antibilioso y depurativo, de acción fácil, seguro y sin irritar, aunque se usen mucho tiempo. — A una peseta caja.

TÓNICO-GENITALES

Célebres píldoras del Dr. Morales para la cura segura y exenta de todo peligro de la impotencia, debilidad, espermatorrea y esterilidad. — Caja, 7,50 pesetas.

Van por correo estos específicos. — **Doctor MORALES, Carretas, 39, Madrid.**

De venta en las principales farmacias y droguerías de España, Ultramar y América del Sur.

OBRA DE SENSACION

ESTUDIOS DE ECONOMIA SOCIAL

DE D. RAFAEL MARÍA DE LABRA

Este importante libro, en el que se tratan cuestiones pedagógicas de actualidad y el problema obrero que tanto preocupa á la sociedad moderna, está escrito en forma expositiva y amena, con objeto de popularizar su historia y desarrollo entre las clases populares.

La obra se divide en tres partes: la primera se refiere á los fundamentos de la escuela contemporánea; la segunda estudia la cuestión social, y la tercera se relaciona con el obrero de nuestros tiempos.

Se halla de venta en las principales librerías de Madrid y provincias, y en la casa editorial de la Viuda de Rodríguez, Plaza del Biombo, núm. 2, Madrid.

Precio de cada ejemplar: 3 pesetas.



Violette
PERFUMERIA
Alcalá 45, Madrid

El dueño de este nuevo Establecimiento, en vista de que cada día se ve más favorecido por su distinguida clientela, tiene el gusto de recomendar á la misma los célebres polvos **Overtuner de John Black**, de New-York. Precio de las cajas, 10 y 15 pesetas.

ÚNICO DEPÓSITO PARA ESPAÑA
ALCALÁ, 45, MADRID
Se remiten pedidos á provincias.

FLORES, PLANTAS Y CORONAS

EN GRANDE ESCALA

G. KUHN, CRUZ, 42

Exposición en SEIS SALONES, muy digna de ser visitada como única en España.

Grupos para sombreros á precios de almacén, de 1, 2, 3 y 4 pesetas. — Armaduras, á peseta.

En publicación.

PÁGINAS DE SANGRE, HISTORIA DEL SALADERO

POR F. MORALES SÁNCHEZ

Ilustrada con magníficas láminas tomadas del natural y precedida de un notable episodio crítico-criminal por Victor Hugo, titulado *El último día de un reo de muerte*, traducido por uno de nuestros más aventajados juristas. Se publica por cuadernos de 32 páginas, al precio de 25 céntimos cada uno. Se admiten suscripciones en las principales librerías y centros de suscripción.

HISTORIA DE LA HUMANIDAD (Estudios de F. Laurent)

Profesor en la Universidad de Gante,

TRADUCIDOS POR DON NICOLÁS SALMERÓN Y ALONSO, DON ANGEL FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS Y DON TOMÁS RODRÍGUEZ PINILLA

Edición ilustrada con láminas que reproducen los cartones de Pablo Chenavard y cuadros escogidos en todas las escuelas de pintura de Europa. **Condiciones de suscripción.**—Esta obra constará de cinco tomos de regulares dimensiones, pudiendo asegurar á nuestros suscriptores que el precio de cada uno será de doce á catorce pesetas.

Empezaremos á publicar semanalmente, y sin interrupción, un cuaderno, al precio de 50 céntimos de peseta.

ESPAÑA Y AMÉRICA

LA MÁS ARTÍSTICA Y MÁS BARATA DE LAS REVISTAS ILUSTRADAS DE ESPAÑA

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

El periódico, acompañado con uno de los tres lotes que á continuación insertamos,

2 REALES POR CADA REPARTO

Lote 1.—Año Cristiano, por el Padre Juan Croisset.—Jesucristo, por Mr. Louis Veillot.—Diccionario de la lengua castellana, por D. E. Marty Caballero.—Aventuras de Gil Blas de Santillana, por Mr. Lesage.

Lote 2.—Historia del movimiento republicano en Europa, por D. Emilio Castelar.—Tratado completo de Agricultura moderna, por D. Gumersindo Vicuña y otros distinguidos colaboradores.—Tratado completo de Contabilidad, por D. Francisco Tejedor y González.—En alas de la fortuna, por D. Julián Castellanos y Velasco.

Lote 3.—Luchar contra el destino, por D. Julián Castellanos y Velasco.—La misa negra ó el tesoro del fantasma, por D. Julián Castellanos y Velasco.—Candelas y los bandidos de Madrid, por D. Antonio García del Canto.—Los mares de arena y las ciudades subterráneas, por D. Ramón Ortega y Frias.

El reparto de las obras se hará por cuadernos unidos al periódico y turnarán siempre las cuatro obras de cualquiera de los tres lotes.

El lector que desee más detalles puede pedirlos á los agentes ó corresponsales, ó bien á la Administración de esta casa.

Centros de suscripción: En las principales librerías de Madrid; en el despacho central de fotografías de J. Laurent y Compañía, Carrera de San Jerónimo, 31, y en la peluquería de Antiguos oficiales de Prats, Puerta del Sol, 13.

ANUNCIOS: Una peseta la línea. — Administración, Plaza del Biombo, 2, Madrid. Número suelto, 50 céntimos de peseta en España y 75 en el extranjero.



ELCHE (ALICANTE): LA COSECHA DE LOS DÁTILES

FOTOG. DEL NATURAL POR J. LAURENT Y C.®